

Farmacéuticas ¿Empresas con patente de corso?

No son raros los comentarios de sus defensores aduciendo que los precios de los medicamentos no son tan exagerados como la gente cree, que los costes de desarrollo son elevados, que sin la esperanza de los beneficios obtenidos no se invertiría en investigación y al no descubrirse nuevos medicamentos los enfermos estarían en peores condiciones. Sí, estos son argumentos que justifican la política de las empresas farmacéuticas y que han sido apoyadas por administraciones como la del Sr. Bush, hoy afortunadamente en sus últimos días de mandato.

Pero ¿Qué hay de verdad en todo ello? ¿Hasta donde los precios de los medicamentos se corresponden realmente con los gastos ocasionados por su desarrollo y producción?

Pongamos un ejemplo de un simple producto, un vasoconstrictor indicado para congestiones nasales. Se trata de un producto que se presenta en spray (no lo nombraré pues no es mi intención hacer propaganda de ningún producto), en botella de cristal.

Con un pequeño esfuerzo (¡Gracias, Google!) es posible determinar una orientación de costes máximos. Me explico: la botella, la caja de cartulina, el prospecto, etc., tienen, evidentemente, unos costes. Por mi parte he buscado en el mundo de Internet objetos semejantes, viendo sus precios. Es lógico que dada la producción masiva de los medicamentos, los costes reales para las farmacéuticas son menores de los localizados por mí, por tanto estos deben ser considerados el límite alto de los mismos.

No voy a aburrirlos con excesivo detalle, pero os expongo los datos básicos:

Frasco	-	0,29€
Caja cartulina	-	0,28€
Excipientes	-	0,1€
Total (sin principio activo)		0,68€

La comercialización y distribución son más complicadas de calcular. Les he asignado un 0,1€ y creo que he sido generoso si consideramos que, a título de ejemplo, el envío de un metro cúbico de este medicamento (133Kg. y 2666 unidades) desde Barcelona a Palma de Mallorca tendrían un coste de 65,39€ (con DHL), lo que representa 0,024€ por unidad.

De todo ello se deduce que los coste por unidad (sin principio activo) se sitúan en 0,78€

Si el precio de venta sin IVA es de 4,37€, hemos de deducir que el coste del principio activo es de 3,59€, lo que teniendo en cuenta la cantidad usada en cada unidad (125mg.) nos da un precio de este principio activo

de 28.720€/Kg., más de un 50% sobre la cotización del oro (18.899,94€/Kg. a 14/11/08) y más de un 30% sobre la del platino.

Y estamos hablando de un medicamento barato. ¿Que resultados obtendríamos si realizáramos el mismo procedimiento con productos mucho más caros? Asusta solo pensarlo.

Pero ¿Realmente es tan caro desarrollar un medicamento como este para tener que repercutir tan alto precio?

Vamos a poner un ejemplo: en 1999 fueron puestos a la venta 40 nuevos medicamentos en EUA. Los coste dentro del mismo año de I+D se elevaron a 30.000 millones de euros, pero el valor recuperado en ventas de los mismos y mismo periodo fue de 168.000 millones de euros, un 460% de rentabilidad ¡No esta nada mal para un solo año!

A ello hay que añadir que durante 17 años los derechos de propiedad intelectual (derecho de patente) solo permiten a la empresa propietaria de la misma la producción del medicamento en cuestión (salvo buena voluntad de la misma, lo que no es muy habitual).

Después de transcurrido dicho periodo será posible la fabricación de genéricos por parte de otras empresas. Llegado a este punto, los precios de los medicamentos bajan entre un 20 y un 80%. Si tenemos en cuenta que llegado este momento, son varias las empresas que fabrican el mismo producto (con marca en el caso de la compañía propietaria y genérico las demás), los precios del mismo ha descendido considerablemente y no obstante se siguen obteniendo beneficios ¿Cómo se justifican los precios iniciales?

Pero sigamos. La estrategia de las empresas farmacéuticas se basa en la obtención de beneficios, por tanto si la posible enfermedad objeto de estudio para el desarrollo de medicamentos no afecta a un número mínimo de hipotéticos pacientes, las farmacéuticas no sentirán interés por desarrollar soluciones. De hecho ni las enfermedades raras que afectan a un número limitado de personas ni las grandes cantidades de gente, pero de sociedades de escasos recursos, merecen el interés del sector farmacéutico. Una vez más se demuestra que la realidad no se corresponde con las supuestas bondades del sistema de economía de mercado. Así pues quienes tienen la desgracia de padecer enfermedades "no rentables" están condenados a padecerla sin remedio e incluso morir sin esperar ayuda.

Tampoco merecen su interés las investigaciones que puedan reportar una cura en base a medicamentos ya existentes. Diversas posibles alternativas de tratamiento del Alzheimer basadas en la posibilidad de que las causas de dicha enfermedad este relacionada con procesos inflamatorios, no han merecido ninguna atención, pues al no implicar una inversión importante

para el desarrollo de nuevos productos, no daría lugar a los amplios beneficios buscados. Por este motivo los Institutos Nacionales de la Salud (EUA) deben hacerse cargo de las investigaciones que rechazan las empresas.

Un ejemplo de la desidia de las farmacéuticas es la llamada polipíldora, un medicamento que reúne cuatro medicamentos de bajo coste que podrían prevenir el 88% de infartos de miocardio y el 80% de ataques cerebrales. Aunque hace ya varios años que se planteó esta opción, pero las empresas farmacéuticas se mostraron renuentes porque no solo no representaba una opción atractiva económicamente (el coste anual del tratamiento está sobre los 12 dólares), si no que se trataría de una alternativa a medicación mucho más cara.

Mención especial merece el hecho que las farmacéuticas presionaran al gobierno norteamericano para que actuara contra estrados del tercer mundo como Sudáfrica, e incluso se llevaran a cabo actuaciones judiciales, para impedir que en esos países se permitiera la utilización de genéricos en medicamentos para atender el sida. Sólo la presión popular y la crítica generalizada a que se vieron sometidas impidieron semejantes actuaciones. Para ellos, antes que la vida de las personas afectadas por esta terrible epidemia estaban sus beneficios.

Tampoco se puede olvidar las repetidas denuncias relativas a la experimentación a que han sometido a colectivos del tercer mundo para obtener información sobre efectos de las sustancias estudiadas, lo que ha causado gran número de muertes, en especial en niños. Ni el hecho de haber vendido a estos países supuestos medicamentos que en realidad eran totalmente inoperativos.

Los hechos son más que evidentes. Pero los gobiernos siguen protegiendo los intereses de quienes ven en el sufrimiento humano una fuente de riqueza. ¿Hasta cuando lo permitiremos?